



Buenos Aires, octubre de 2018

Circular N° 586

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos parte del contenido de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Claudio González.

***“Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.”
(Marcos 13:33)***

Cuando Jesús habla, habla en presente. Jesús no es una figura histórica; Jesús vive. Es nuestra fe que Jesús existió y se entregó por nosotros. Pero vive. Y dijo que el Espíritu Santo hablaría todo lo que oyere en el trono de Dios y nos lo hará saber (comparar con Juan 16:13). Entonces es ese reino de los cielos que se ha acercado a la tierra y se acerca cada día.

Puede ser en cualquier momento su venida. Pero como dice aquí, le pide que quede fiel. Usa tres verbos que están en presente: mirad, velad y orad. Quisiera detenerme un poco en esto.

En primer lugar, la vista. A veces somos lo que miramos y muchas veces miramos lo que queremos ver. Cuando estamos mal, ¿cómo miramos el pasado? Con resignación. ¿Y el futuro? Como algo incierto. ¿Es así como el Señor quiere que miremos? Si en el pasado me eligió, me puso un nombre nuevo y en el futuro me está preparando una morada para que donde Él está, yo esté.

Fue tan maravilloso cuando el Señor le dijo a Juan: “Unge tus ojos con colirio, para que veas” (Apocalipsis 3:18). Porque cuando nosotros miramos la vida a través de la fe, encontramos un sincero y profundo agradecimiento. Por supuesto que no todas las cosas están como nosotros queremos, ni se van a dar como nosotros queremos, ni el otro va a ser como yo quiero que sea. A veces luchamos por cosas que nunca se van a producir. Cuando aceptamos la vida y cuando la miramos a través de la fe, es donde nosotros nos encontramos realmente. Es donde se elimina el prejuicio, donde nos sentimos que somos todos iguales, donde nos sentimos humildes, porque estamos mirando las cosas de Dios.

Mirar a alguien o algo con prejuicios, ¿nos hace mirar bien? Esa mirada lleva a juicio y luego, ¿adónde nos lleva? A no conocer a la persona que tenemos delante o a creer que la conocemos, pero distando mucho de la realidad. Por eso el Señor nos dice: “mirad”.

Cuando miramos el sacrificio de Cristo que hizo por mí, ¡vale la pena! Él se sacrificó, Él venció todo. Entonces la palabra y el Espíritu Santo me van a ayudar y guiar. Podré ver el día del Señor con anhelo y trabajar en mi corazón para eso.

Después dice aquí: “velad”. Es necesario velar y estar despierto. Hay un texto que dice: “Despiértate, tú que duermes” (Efesios 5:14). ¿Cuándo nos encuentra “dormidos” una situación? Pedro estaba encadenado, en la cárcel; había guardias custodiándolo. Se presenta un ángel y se ilumina todo ese lugar. Pero Pedro no se despierta. Estaba en la cárcel, pero estaba durmiendo con tranquilidad. La luz del Espíritu no lo pudo despertar. Entonces el ángel tuvo que tocarlo. Porque cuando la luz del Espíritu no te despierta, el Señor tiene que tocarte y decirte: ponte de pie, despiértate. Este no es tu lugar, se tienen que ir estas cadenas que te están atando, tienes que salir. ¡Ven! ¡Vamos! Por eso el Señor



dice que estemos despiertos. Porque dormidos, se duermen nuestros sentidos y cuando no sentimos que nos toca el corazón, algo está pasando.

Otra de las acepciones de velar es estar preparados. En Mateo 25, el Señor coloca el ejemplo de las vírgenes fatuas y las vírgenes prudentes. La diferencia allí es simplemente el hecho de prepararse. Todas tenían luz, todas cabecearon. Pero algunas tenían aceite para poder seguir con esa luz, para poder continuar. Estaban preparadas.

Cuando la vida nos encuentra preparados esto nos ayuda mucho. Pero no siempre estamos preparados. ¿Estamos preparados? ¿Sentimos verdaderamente que verdaderamente el Espíritu nos ha guiado, nos ha transformado a la imagen de Jesús?

Y la tercera excepción de velar, es estar alerta. Es necesario que estemos alertas, que estemos pendientes de algunas cosas porque si no el enemigo vendrá y va a entrar. Quizás ya no entre solamente por la mirada, puede entrar por lo que escuchamos. En 1º Pedro habla del diablo como un león rugiente. Te está buscando, ¿y no lo escuchaste? Porque no vino agazapado, vino rugiendo, ¿dónde estabas?, ¿dónde habías puesto el oído?, ¿qué estabas hablando, qué estabas escuchando que no lo oíste? El rugido de un león se escucha a kilómetros. Te estás engañando a ti mismo. Lo escuchaste, pero seguiste con tu misma línea. Hoy lo que se le dificulta al ser humano es saber oír. Porque lo único que quiere es hablar de lo que le pasa.

El tercer punto dice: orar. Porque cuando hago una profunda oración, me encuentro con Dios. ¡Y qué hermoso encuentro que es ese! Porque mi oración no es para decirle a Dios lo que Él ya sabe, ni para doblegar su mano, ni para decirle lo que tiene que hacer o dejar de hacer. Necesito hacer la oración porque quiero encontrarme con Él para saber yo lo que tengo que hacer. A veces pensamos: hace tanto tiempo que estoy rogando por esto. ¿Será la voluntad de Dios? ¿Por qué no aceptas lo que Dios ha preparado? ¿Por qué te cuesta doblegarte ante la voluntad de Dios? El camino para una vida plena es cuando oro, cuando intercedo por alguien y ahí lo que le demuestro a Dios es cuánto amo a ese alguien y por qué doblo mis rodillas para orar por él. Ahí es donde me encuentro con Dios, ahí es donde vuelvo al orden divino, ahí es donde vuelvo a mirar correctamente, donde vuelvo a estar atento, a estar pendiente, sin dejar que ningún espíritu me desvíe, me saque. Sigo estando enfocado en que mi vida tiene un objetivo claro: Cristo viene y yo quiero estar preparado. Entonces voy a hacer todo el esfuerzo para escuchar la palabra, todo el esfuerzo para seguir a Dios y todo el esfuerzo para orar por mis hermanos, para comprenderlos. Porque este tiene que ser un momento de comprensión. Si no hay comprensión, nos alejamos. ¿Será eso lo que quiere el Señor? Porque cuando venga no va a buscar a individuos solitarios, va a venir a buscar a un pueblo preparado. Entonces allí debo trabajar, por la comunidad, para que el sentir de Cristo se vea. Tratar de aportar de mi lado, todo mi corazón, en lo poquito que pueda hacer. Pero en esa oración entrañable, que conmueve los cielos, que nos hace bien y beneficia a mi hermano.

El Señor viene. No sabemos el día y la hora, pero en ese último sermón queremos estar. Yo también quiero estar. Porque un día se va a producir ese último Servicio Divino, esa palabra de terminación que nos permita llegar al consumado. El Señor ha vencido todo, entonces nosotros también podemos hacerlo si podemos prepararnos.

Él nos quiere guiar a toda verdad y liberar de las cargas, para que podamos andar por un camino profundo.

El Apóstol de Distrito mencionaba: ¿se puede ser feliz en la vida, se puede mirar la vida plena, cuando lo único que tenemos es rencor en el corazón y en nuestra mente? Difícil. Nos van a escuchar hablar y van a estar esperando que nos callemos. El rencor te lleva a la



queja, a observar cosas que están pero que no las podés dejar. ¿Cuánto tiempo las vas a llevar? Es el Señor el que te quiere liberar. Es el que me pide arrepentirme: “ven a mí, ven al altar”. Venimos a la Iglesia, pero debemos dar ese paso. Porque dentro de unos instantes tendremos comunión con el Señor. Pero me tendré que arrepentir, tendré que fijar mi posición para que ese encuentro sea maravilloso. Para que esa comunión sea entrañable.

De la comunión sacamos fuerzas. No hay nada más hermoso que, cuando nos miremos, haya un encuentro de dos hijos de Dios. Nos conmueve mirarnos así, nos alegra. No lo vemos al Señor, no lo vemos a Jesús, pero lo percibo cuando te miro, porque detecto que el Espíritu Santo está activo, que eres mi hermano, mi hermana, que sigue perseverando, que sigue siendo fiel, ofrendando, trabajando. Entonces, eso es lo que espera el Señor: que nos unamos cada día más en ese ruego ferviente, para que un día escuchemos esa palabra: Sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré (comparar con Mateo 25: 21 y 23).

Ahora vivimos ese momento. Debemos saber arrepentirnos. No siempre reconocemos nuestros errores, nuestro estado, pero siempre hay un instante en el que nos podemos santificar, apartándonos de lo que es el dolor y así tener una comunión entrañable con Dios. En esa comunión podremos tener fuerzas. Es una comunión con alguien que renunció a todo, que ahuyenta el temor. ¿Qué temor he de tener, si yo quiero ser igual a Cristo? Esto me permite ser valiente y enfrentar las cosas como corresponden, en este caso la vida, que es aquella que el Señor quiere que tengamos de forma plena. Por eso nos habla. El reino de los cielos se acerca. Y cuando lo percibimos, somos bendecidos por Dios.

* * *